

DE CEGUAS Y CADEJOS

*Confabúlate miedo con mis pensamientos
para cercenar la placidez del aire,
llevame al rincón más oscuro
y déjame expuesta a mi conciencia.
Aflorará allí mi ser primitivo y frágil.*

Luisa Elena Estrada Espinosa

LOCURA DE SELVA

Un amazón vegetal protege los secretos de la tierra prometida, edén perdido por la inocencia de los mortales al inicio del tiempo. Allí el silencio es relativo, el lenguaje de la selva sobrepasa las cúpulas vegetales y taladra los sensores primarios del cuerpo. Aflora del registro más antiguo la conexión hombre-naturaleza en la inmensidad de Bosawás. Los bancos de arena son espacios apetecidos por cocodrilos que asolean sus perlas aserradas y piel prehistórica.

Las tortugas acorazadas disimulan sus figuras entre los troncos y las piedras, siempre atentas ante cualquier peligro. Desde la orilla, o emergiendo de la muralla de bambú que custodia la selva densa y aromada, las garzas, los Martín pescadores y los ingobernables gavilanes sobrevuelan el agua achocolatada por las lluvias, buscando entre los peces y anfibios un potencial bocado desprevenido. Las casas ocultas le arrancan al verde dominante un pedazo de terreno, y siembran bajo su custodia plantas de cacao, forasteros insignificantes y humillados ante sus vecinos centenarios, tótems guardianes de los secretos de las hojas del jardín indómito. En un instante, el paisaje irrealista adquiere vibraciones amorfas. Algo pasa entre los habitantes humanos del hervidero botánico.

14 de Septiembre. La comunidad celebra las fiestas patrias. Los juegos de colores combinan el azul y blanco con colores vibrantes, inspirados en la madre natural. Se oyen alegres conversaciones, golpeteos en las cocinas y movimiento en las habitaciones de las casas. Los detalles de los preparativos escapan por las ventanas y chocan con el alboroto de las aceras atiborradas de gente ajetreada, no mengua el tráfico durante toda la mañana. Las niñas de la escuela se preparan para brillar en el desfile; trajes, pintura, peinados, sonrisas,

cintas, perfumes, los ánimos van a tono con el entusiasmo de la fiesta. La música empieza a sonar y el festejo llega a su apogeo. El desfile transcurre sin ningún contratiempo, parece que simplemente el día concluirá en una jornada perfecta. De la nada, y sin que nadie pudiese preverlo, se ciernen en la comunidad el aliento nauseabundo de la magia negra. Cae sin aviso una niña en medio del desfile. La gente corre y se arremolina alrededor de la desdichada y presencian desorientados la escena. Comienza a retorcerse como un gusano, sin aviso grita y el dolor se siente en las entrañas, el miedo recorre la columna vertebral de los testigos, inyectando en las venas incertidumbre y diluyendo como agente ácido el ambiente festivo. Cae irremediamente la primera víctima del Grisi siknis.

Rápida y sistemáticamente se desploman una a una las jóvenes de la escuela, no hay escapatoria posible. La histeria se propaga como pólvora entre las casas y la fe no logra amortiguar la difícil tarea de presenciar los síntomas de la peste. Quebrantadas, las víctimas aúllan doloridas, arrancando los alaridos de la profundidad del alma atormentada, hundidas en un mundo de tinieblas penetrantes, de olor rancio y demonios que rigen los más tenebrosos limbos espirituales.

El miedo y la magia suministran fuerza sobrehumana a las jóvenes, haciendo casi imposible detenerlas en sus arranques violentos. La iglesia vegetal observa latente a sus hijas desvalidas, mientras las iglesias de los hombres desatan campañas para combatir el mal a través de la fe sólida e irrompible. Se inicia una cruzada contra el mal acechante, aquel que se adhiere como enredadera desde el génesis del tiempo a la columna del ser humano. Los estómagos están colmados de objetos inverosímiles. Salen entre vómitos incontrolables clavos sarrosos y retorcidos, trozos de biblia, vidrios, animalejos que rasgan con sus patas las gargantas de las enfermas dejándolas en carne viva. Las mujeres indefensas ante las jugarretas de la magia, paren botellas y piedras, mientras la agonía de estar envueltas en la fetidez



DE CEGUAS Y CADEJOS

de las garras de un desconocido, mengua sus esperanzas de sobrevivir. No sirven los clamores ni los antiguos ungüentos, el desasosiego se dispara por los poros.

Junto a la caída del sol, nace una noche lóbrega. Los enjambres de luciérnagas no hacen mella en las sombras profundas que se tragan Amak. Los pocos valientes que aún transitan las angostas aceras, lo hacen ligero, sin necesidad de linternas. Sus pasos infantiles conocieron la tierra que late bajo sus pies desde el inicio, y ahora, como hombres y mujeres, el mapa arcilloso se ha tallado al final de sus extremidades, y caminan confiados, ágiles en la penumbra.

Los animales domésticos yacen callados bajo las casas y en los rincones vacíos. Aguardan la tranquilidad de sus amos, pero el terror ha acampado en las cuencas de sus ojos desde el golpe de la epidemia. No hay cocinas iluminadas en las casas, cenas o pláticas. El aura de la comunidad es perturbada solamente por la vibración de pasos apresurados, única señal de la diligencia de las familias en los cuidados de las enfermas.

El aire se ve mutilado por gritos aislados y llanto; un llanto seco y vibrante que incita a correr, a huir de la terrible plaga invisible. El terror de las historias nocturnas será contado a la mañana siguiente entre vecinos, cada relato plagado del más profundo dolor y miedo.

Pasan los días y las miradas se posan en los diagnósticos médicos. La enfermedad se muestra inmune a los medicamentos tradicionales y a los rezos inquebrantables; nada apaga la violencia de los ataques. La capital está informada de los acontecimientos. El eco de la misteriosa enfermedad sacude los cimientos de las ciudades ahumadas del Pacífico y se esparce en los periódicos, Nicaragua está atenta. Una vez verificados y clasificados los síntomas, las batas blancas del Ministerio de Salud exploran en claustro posibles causas de aquel mal rarísimo que azota una comunidad que muy pocas veces había llamado su atención.

Apuestan todo a la teoría de la histeria colectiva; es la que encajaba en los perfiles y la única explicación racional a los extraños sucesos. Siguen ingenuos la silueta del río, visualizándose ellos mismos como salvadores hasta encontrarse frente a frente con el caserío. De nada servirán el carácter glacial ni la dureza de profesión cuando traten de subyugar la naturaleza de la peste. Metódicamente aplican cuanto tratamiento emerge

como solución irrefutable, pero la fuerza y la perversión de los hechos no aminoran con pastillas ni tratamientos. Poco a poco crean aversión por ese mal que rehúsa cualquier intento de control sobre él, y la desesperanza cae de nuevo como manto burlesco.

Desde Rayti llega una mujer de apariencia extraña. Trae con ella extraños amuletos, un bolso y todo un historial de curaciones. No trabaja de manera común, su arte es algo más oculto, íntimo y potencialmente peligroso. Encarna todos los temores que arrastra consigo la magia y desprende de ella una nebulosa que penetra como humo a través de los poros y confunde los sentidos. Su método es sencillo, ubicar a la persona que desató todo y una vez neutralizada, se desmoronará automáticamente cualquier infierno invocado.

Prepara sus herramientas de forma tan meticulosa como cualquier doctor en uno de los tantos quirófanos de Managua.

El aire enrarecido con olores extraños hace olvidar lentamente la voluntad, y los sonidos te incitan a caer en letargo. Todo está listo, inclusive su pequeño ayudante, un ser extraordinario hecho de trapos, con vida propia y forma de cangrejo. Corretea por la habitación como can celoso y trae mensajes que facilitan las labores de su ama. Esta listo el cuartel de guerra.

Reúne a los dirigentes del pueblo, con voz quemante y mirada afilada lanza su primera sentencia y da el primer paso en dirección al fin de la epidemia. Aún con el miedo y el escepticismo reflejados en la cara, los hombres no dudan en la palabra de la mujer. La única razón de estar allí escuchando la voz hipnotizante es el fracaso irremediable de todas las demás alternativas y el sufrimiento torturante de las jóvenes; no pueden verlas mas así, despojos humanos latigados por dolores abandonados a demonios invisibles.

"Llegara a las tres de la tarde. Tocaré la puerta y sin que nadie más hable, comenzará a defenderse de acusaciones imaginarias, dirá que él no provocó la epidemia, que todo es una mentira para manchar su nombre; ese es el hombre que están buscando"

Una vez la orientación suelta en el aire, se retira y deja a los hombres con la excitación flotando como perfume estimulante. Esperan tensionados que el reloj de la hora marcada, esperando con rencor ciego hacia el posible

DE CEGUAS Y CADEJOS

autor de la pesadilla. No saben como ni porqué, pero el estará muy pronto al alcance de sus manos, esa es razón suficiente para aceptar los métodos de aquella mujer inescrutable.

3:00pm, 3:10pm, 3:15pm. La espera se alarga y mastica los minutos tragándose la impotencia de los presentes. 3:20pm. Suenan golpes en la puerta e inmediatamente el ambiente se electriza y genera movimiento.

Abren la puerta y entra exaltado un hombre de gran altura, moreno, ojos rasgados, mirada penetrante y cabello negro. Declama el discurso esperado e inmediatamente es dominado por una mar de brazos que se transforman en una camisa de fuerza.

Desorientado cae el hombre en una silla y respira profundo, mientras los demás se restablecen de la balacera de emociones. La mujer no tarda en hacer su aparición, aun sin ser llamada la atrajo el revoloteo de adrenalina que llegó hasta ella avisándole que la captura había sido un éxito. Ahora queda lo más importante, ver la autenticidad de la presa y descartar posibles coautores. Lentamente camina hasta la pequeña escuela donde retienen al hombre, siempre expuesta en esa colina, y siempre atenta a los viajeros del río.

Una vez que se encuentran frente al cautivo, esboza una sonrisa que deja entrever sus dientes. Pide que la dejen un minuto a solas y los hombres salen con la desconfianza brotando por la piel. Nada bueno pueden hablar dos seres tan ajenos al perfil común del habitante de Amak, pero ella lo atrajo, y merece respeto por eso. Tarda solo unos minutos para salir a revelar lo que los dirigentes más temían. *"No solo es una persona la que está haciendo esto, hay más, pero no se preocupen, caerán como el primero y no tardaran en hacerlo"*.

Y como fue predicho, cayeron en la noche, como auténticos seres oscuros. Jóvenes inexpertos que quisieron lidiar con algo más allá de su entendimiento. Llegaron camuflados con formas de animales, y capturados por la mujer en su forma humana. Pero, como decirles a las autoridades que un hombre y unos jóvenes aparentemente normales provocaron una epidemia a través de la magia, y que no pudo ser controlada ni por las eminencias del Ministerio del Salud, ¿Hay alguna ley que sentencie la magia? ¿Cómo traer a la luz la faceta más increíble e inexplicable de la raza humana? ¿Y exactamente que hay que hacer con los prisioneros para elimi-

nar de una vez por todas la plaga? Una vez más, la caja de pandora en la que se había convertido aquella mujer, se comprobó la eficiencia de sus muchas artimañas, y logró transformar a los hombres en su apariencia animal, ante los ojos de algunos testigos escogidos. Solo Dios y ellos sabrán lo que vieron esa noche.

La solución no fue la cárcel. Fueron lanzados al exilio, y eso para un Mayangna, es peor que la muerte. Vieron por última vez el poblado y las casas dispersas sobre la montaña verde, y se fueron sin honor y sin origen. La mujer tras su pago, regresó a su tierra con la satisfacción de haber vencido a las probabilidades. Sabe que pronto tendrá que volver, que el mal nunca es eliminado, y siempre queda latente, esperando otra semilla, esperando otro soplo para desgarrar el paisaje y distorsionar las mentes.

